

653-654 OPUSCULO TRIGÉSIMO OCTAVO. CONTRA EL ERROR DE LOS GRIEGOS SOBRE LA PROCESIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.

ARGUMENTO.

Escribiendo al patriarca..., disputa contra la herejía de los griegos, quienes afirmaban impíamente que el Espíritu Santo procede solo del Padre y no del Hijo. Refuta claramente esta opinión y prueba con razones y autoridades firmísimas que lo contrario es verdadero. Por eso escribe al patriarca sobre este asunto, ya que había solicitado al pontífice romano que se le aclarara esta cuestión.

Al señor L., beatísimo patriarca, PEDRO, pecador y monje, en servicio.

El religioso obispo de la Iglesia de Popilia me relató que escuchó del reverendísimo patriarca de Grado que ustedes enviaron a la sede apostólica una cuestión muy necesaria para la fe católica, insertada en sagradas letras, y que solicitaron con la vigilancia del oficio sacerdotal que el santísimo papa Alejandro la resolviera con invictos testimonios de las Escrituras: por qué, en efecto, el Espíritu Santo se dice que procede del Padre y del Hijo entre los latinos, cuando entre los griegos se cree que procede solo del Padre. Sobre esta cuestión, lo que siento, con la ayuda del mismo Espíritu Santo del que se trata, me atrevo a exponer. No porque se me haya encomendado algo sobre este asunto por ustedes, ni haya sido ordenado por la autoridad del mismo pontífice romano. Pues, ¿cómo se dignaría encomendar un asunto tan importante a un hombre ignorante, quien no se duda que abunda en tantos santos y peritísimos varones que continuamente le acompañan? Pero, aunque soy ignorante y un siervo inútil en la casa de mi Señor Jesús, me place entrometerme en esos servicios a los que nadie se ha dignado llamarme.

[CONTRA EL ERROR DE LOS GRIEGOS SOBRE LA PROCESIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.]

CAPÍTULO PRIMERO. De la autoridad del pontífice romano.

La prudencia de vuestra santidad es ciertamente laudable y digna de ser exaltada con alabanzas, ya que ha llevado la cuestión del Espíritu Santo a ser resuelta, no a cualquier otro, sino especialmente a Pedro, a quien reconoce indudablemente haber recibido las llaves de la sabiduría y el poder celestial. No convenía que un hombre de tanta dignidad y sabiduría buscara los arcanos del misterio celestial de otro, sino de aquel a quien no pudo instruir la carne ni la sangre, sino a quien Dios mismo se dignó revelar sus secretos. «Bienaventurado eres, dice, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mat. XVI).» Pues el Creador del mundo eligió a este entre todos los mortales del orbe para que tuviera la cátedra del magisterio principalmente en la Iglesia, concediéndole perpetuamente el derecho de privilegio; para que cualquiera que desee conocer algo divino y profundo, recurra al oráculo y doctrina de este maestro; y no se avergüence de ofrecerle humildemente lo que debe ser resuelto, aunque él mismo no ignore lo que se busca. ¿Acaso el ángel que vino del cielo no sabía enseñar a Cornelio, a quien, para que aprendiera lo que debía hacer, envió a Pedro? «Envía, dice, hombres a Jope y haz venir a Simón, que se llama Pedro. Este se hospeda en casa de cierto Simón curtidor, cuya casa está junto al mar; él te dirá lo que debes hacer (Hech. X).» El santo ángel podía enseñar al hombre gentil lo que le convenía para la salvación; pero no quería usurpar el oficio de aquel a quien sabía que había sido encomendado enseñar.

¿Qué maravilla, entonces, si un sacerdote, aunque destacado en santidad y muy instruido en los divinos discursos, envió al magisterio del príncipe de los apóstoles, a quien incluso el ángel envió a Cornelio, las primicias de los gentiles, para ser enseñado? También son estas las palabras de Pablo a los Gálatas: «Pablo, apóstol, no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de los muertos (Gál. I).» Este, que no fue hecho apóstol por hombres, sino por el mismo Cristo y Dios Padre, y suficientemente instruido por el autor de la sabiduría, sin embargo, vino al magisterio de Pedro, y no de paso, sino que permaneció con él muchos días en la escuela celestial. «Vine, dice, a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días (Gál. I).» Aprendió, por el místico número de la semana y la octava, el sacramento del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Por tanto, fue digno que vuestra santa prudencia dirigiera la cuestión a la sede de aquel, a quien incluso un hombre ignorante de la fe es enviado por un ángel, y de quien incluso un apóstol, que ya había sido instruido por Dios, es más plenamente enseñado. Y porque se dice por Moisés: «Tienen a Aarón y a Ur con ustedes; si surge alguna cuestión, la referirán a ellos (Éxodo XXIV).»

Ojalá esté presente Aarón, es decir, el monte de fortaleza, Cristo; esté presente también Ur, aquel fuego, que es el mismo Espíritu Santo del que escribimos, para que incluso por nosotros, el más pequeño miembro de la Iglesia Romana, se revele lo que algunos desconocen, y Cristo, la llave de David, resuelva el nudo de esta cuestión como un cierto sello de un libro místico.

CAPÍTULO II. Cuál es el origen del error de los griegos.

En primer lugar, digamos de dónde surge el origen de esta ignorancia, para que casi todos los griegos, y algunos de los latinos, sostengan que el Espíritu Santo no procede del Hijo, sino solo del Padre. Esto lo afirman a partir de las palabras del Señor, cuando dice: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X).» Y de nuevo: «He aquí, yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros (Luc. XXIV).» Y aquello: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí (Juan XV).» De quien nuevamente dice: «Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV).» Y en otro lugar dice: «Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas (Juan XIV).» Y de nuevo: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu bueno a los que se lo pidan? (Mat. VII.)»

Con estos y otros testimonios no solo evangélicos, sino también de otras Escrituras, afirman que el Espíritu Santo no procede del Hijo, sino solo del Padre. Pues también entre los Doctores de lengua latina se encuentra a menudo algo que parece concordar con esta sentencia. El beato Jerónimo, en la exposición de la fe que envía a los obispos Alipio y Agustín, entre otras cosas dice: «Creemos también en el Espíritu Santo, Señor verdadero, que procede del Padre, igual en todo al Padre y al Hijo.» Agustín, también invectiva contra el hereje Máximo, dice: «Del Padre es el Hijo, del Padre es el Espíritu Santo.» El beato papa León, en la tabla de plata que se ve erigida ante el sacratísimo cuerpo del beato apóstol Pablo, entre otros símbolos de su fe dice: «Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo debe ser adorado y glorificado.» En el símbolo del concilio de Nicea se dice: «Creemos también en el Espíritu Santo, que procede propiamente del Padre, y es verdadero Dios como el Hijo;» y un poco después: «Y que también encontramos en la Escritura que el Espíritu Santo es verdadero Dios, y que procede

propriadamente del Padre, y que siempre está con el Padre y el Hijo.» Y de nuevo: «Del Padre, dice, el Hijo, y el Espíritu Santo procede propiadamente y verdaderamente del Padre.»

Sin embargo, estos y otros testimonios de las Escrituras, o palabras de santos doctores, no perjudican la fe católica, en la que creemos que el Espíritu Santo procede del Padre, así como también del Hijo. Pues cuando el mismo Señor, o también los santos doctores de la Iglesia, afirman concordemente que el Espíritu Santo procede del Padre, en ninguna parte dicen que no procede del Hijo; más bien, cuando se dice que el Espíritu Santo procede del Padre, es necesario creer que también procede del Hijo, porque el Padre y el Hijo son sin duda de una misma sustancia. Pues cuando el Hijo dice: «Yo y el Padre somos uno (Juan X);» ¿cómo puede el Espíritu Santo proceder de lo que es uno, y no proceder?

Pero esta realidad inefable, que no puede ser concebida por ningún ingenio de la razón humana, ni discernida por ningún vistazo o consideración de la mente, debe ser recogida solo de las sentencias de los divinos discursos. Pues, como dice el Apóstol: «El Espíritu Santo todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, las cosas de Dios nadie las conoció, sino el Espíritu de Dios. Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con doctrina del espíritu (I Cor. II).» En verdad, ¿cómo podría el entendimiento humano alcanzar cómo el Padre engendra inefablemente al Hijo, cómo el Espíritu Santo procede del Padre, o de ambos, si no fuera porque Dios omnipotente lo revelara a los mortales a través de los órganos de los profetas o por su Verbo encarnado? «Porque la fe, como dice el Apóstol, es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven (Hebr. XI).» Permanece, pues, aquella sentencia de Juan, que dice: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III).» Para comprender, entonces, el supremo e inefable sacramento de la verdadera fe, no sigamos la investigación de la opinión humana, sino que abracemos solo la verdad del discurso celestial, para que se crea principalmente de Dios lo que divinamente se dice; y en lo que la suprema e incomprensible Verdad afirma, la constancia de nuestra fe no vacile.

CAPÍTULO III. Que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Ahora bien, que el Espíritu Santo procede del Padre, no hay cuestión ni entre los griegos ni entre los latinos: ni la cosa necesita testimonios, ya que esto mismo, y los ejemplos que hemos puesto arriba, lo declaran evidentemente. Pero que procede del Padre, y también del Hijo, de donde precisamente surge la cuestión, nos lo enseña la autoridad evangélica, cuando el Señor dice: «Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas (Juan XIV).» Y en otro lugar: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré del Padre (Juan XV).» Cuando, por tanto, el Paráclito es enviado tanto por el Padre en el nombre del Hijo, como por el Hijo desde el Padre; está claro, en efecto, que así como es enviado por ambos, que sin duda son uno, así también procede de ambos. Y quien a menudo es llamado Espíritu de Verdad, ya que Cristo es la Verdad, quien es Espíritu de Verdad, es sin duda Espíritu del Hijo. Por eso también dice en otro lugar: «Él me glorificará, porque tomará de lo mío (Juan XVI).» Tomará de lo mío, porque también está en mí. Por eso también en Isaías la voz del Padre al Hijo: «Mi Espíritu, que está en ti, y mis palabras, que he puesto en tu boca, no se aparten de tu boca, ni de la boca de tu descendencia para siempre (Isaías LIX).» Sin duda, él mismo es el Espíritu, aquella virtud que salía de él, como se lee en el Evangelio, y sanaba a todos (Luc. VI).

Y de nuevo, sobre la mujer liberada del flujo de sangre: «Yo sé que ha salido poder de mí (Luc. VIII).» Por eso también el Apóstol a los Gálatas: «Porque sois hijos de Dios, Dios envió el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, clamando: Abba, Padre (Gál. IV).» Y en otro lugar: «El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Aquí, cuando el Apóstol dice: «Espíritu de su Hijo, o Espíritu de Cristo (Rom. VIII),» ¿acaso añade también del Padre, para decir, Espíritu de Cristo y del Padre? ¿Acaso porque, omitiendo el nombre del Padre, se dice Espíritu del Hijo, se sigue que se niegue que es Espíritu del Padre? El mismo Apóstol a los Filipenses dice: «Porque sé que esto me resultará en salvación por vuestra oración y la provisión del Espíritu de Jesucristo (Filip. I).» De aquí es que la Sabiduría de Dios, que sin duda es Cristo, dice: «Mi Espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal (Ecli. XXIV).»

Así como, entonces, cuando se dice Espíritu del Hijo, o de Cristo, no se sigue inmediatamente que podamos separarlo del Padre; así cuando se dice, Espíritu del Padre, no podemos separarlo del Hijo. También el beato Pedro dice: «De esta salvación inquirieron y escudriñaron los profetas, que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, escudriñando qué persona o qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, al predecir las sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían después (I Pedro I).» Pero que el mismo Espíritu fue enviado por el Hijo a los discípulos, el mismo Pedro lo atestigua en los Hechos de los Apóstoles, diciendo: «Exaltado, pues, por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís (Hech. II).» De aquí es que, cuando resucitó de los muertos y apareció a los discípulos, para mostrar claramente que procede de él, sopló y dijo: «Recibid el Espíritu Santo (Juan XX).»

No se debe pensar, ciertamente, que aquel soplo corporal, que entonces golpeó el aire, fuera el Espíritu Santo, sino que por esta congruente significación se mostró convenientemente que el Espíritu Santo procede de él. También Isaías, cuando hablaba del Hijo de Dios, añadió: «Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío (Isaías XI).» A esta sentencia concuerda Pablo en la Epístola a los Tesalonicenses, diciendo: «Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida (II Tes. II).» Lo que también se designa místicamente en el libro del beato Job, cuando se dice: «Oírás el rumor en el terror de su voz, y el sonido que sale de su boca (Job XXXVII).» En este lugar, sin duda, se entiende que la boca del Padre es el Hijo, por quien se nos promulga la sanción de la ley divina; el sonido que sale de su boca es el Espíritu Santo, que, viniendo del Hijo, sonó maravillosamente cuando descendió sobre los apóstoles con un repentino sonido en la variedad de lenguas. «De repente se produjo del cielo un sonido como de un viento recio que soplaba (Hech. II).» Este sonido, que salió de la boca de Cristo, es sin duda la espada de dos filos que Juan vio salir de los mismos labios en el Apocalipsis (Apoc. I). De lo que también se dice por el salmista: «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Sal. XXXII).» Porque, como se ha dicho, la boca del Padre es el Hijo, el Espíritu de la boca de Dios no debe entenderse de otra manera que como el Espíritu de Cristo.

CAPÍTULO IV. Elimina una duda que podría surgir.

Pero si se pregunta, ya que el Hijo es de la sustancia del Padre, y el Espíritu Santo es también de la sustancia del Padre, ¿por qué uno es Hijo y el otro no es Hijo? no se responde incongruentemente: Del Padre es el Hijo, del Padre es el Espíritu Santo; pero aquel es engendrado, este es procedente, y por eso aquel es Hijo del Padre, de quien es engendrado; este, sin embargo, es Espíritu de ambos, porque procede de ambos. Sin embargo, tanto

aquella generación como esta procesión no solo son inefables, sino también completamente incomprensibles. Pero en lo que no podemos penetrar con la agudeza de nuestra mente, damos fe cierta a aquellos por quienes habló el Espíritu Santo, como si la cosa estuviera sujeta a nuestra vista. Y aunque nos sean desconocidos los ocultos misterios de la profunda arcana, no dudamos en lo que el Señor habla: no vacilamos en lo que también se encuentra en las profecías de los profetas.

CAPÍTULO V. Elimina otra duda.

Pero aquí quizás se me objeta: No entienden el Evangelio, no saben qué quieren decir los oráculos de los profetas, que a menudo pretenden una cosa en la superficie de las letras, y contienen otra en la verdad de la inteligencia espiritual. A lo que respondemos fácilmente que hubo muchos hombres apostólicos y católicos, de cuya aprobada piedad y santidad, por las señales de muchas virtudes mostradas, no quedó ninguna duda. Estos, sin duda, expusieron la fe ortodoxa con palabras simples, y la dejaron escrita para la memoria de la posteridad. Fue de ellos, ciertamente, discutir estas cosas a partir de las sentencias apostólicas y proféticas; a nosotros no nos queda más que obedecer las definiciones que ellos establecieron. A ellos les incumbió la necesidad de investigar estas cosas sutil y diligentemente, y definir una regla cierta de fe; a nosotros solo nos queda caminar por el camino que nuestros mayores recorrieron.

Lo que aquellos entonces ávidamente extrajeron de las fuentes evangélicas, proféticas e incluso apostólicas, nos lo transmitieron fielmente a nosotros y a las generaciones futuras, como dice el Salmista: «Benedicid a Dios el Señor en las iglesias, desde las fuentes de Israel (Sal. LXXVII);» y nosotros percibimos con seguridad y sin temor alguno la pureza de la fe, que a través de ellos fluye en nosotros como riachuelos de verdad: y nos alegramos de beberla como si fuera de la misma fuente principal del divino origen. Escuchemos, pues, lo que el bienaventurado Ambrosio dice sobre la procesión del Espíritu Santo en el sexto libro de la Fe, que envía al emperador Graciano. «No es que el Espíritu sea enviado como desde un lugar, o que proceda como desde un lugar, cuando procede del Hijo.» Y poco después: «El Espíritu Santo, cuando procede del Padre, sale del Hijo;» y no sin razón procede de ambos, ya que está igualmente en ambos, como dice el mismo Ambrosio en el octavo libro de la misma obra: «El Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre; así el Espíritu de Dios en el Padre y en el Hijo.» Agustín, aunque en casi todo el libro que compuso sobre la santa Trinidad afirma innumerables veces que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin embargo, citamos al menos una de sus sentencias, para que no parezca que lo hemos pasado por alto negligentemente. «En esa santa Trinidad, dice, hay un solo Padre, que solo de sí mismo engendró esencialmente un Hijo, y un solo Hijo, que del único Padre es esencialmente nacido: y un solo Espíritu Santo, que solo esencialmente procede del Padre y del Hijo.» También se dice que Jerónimo escribió esto: «El Espíritu, que procede del Padre y del Hijo, es coeterno y en todo igual al Padre y al Hijo. Esta es la santa Trinidad, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; una es la deidad y el poder, una esencia, es decir, el Padre, que engendró, el Hijo, que es engendrado, y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo.» Aunque esto no se puede encontrar en la exposición de su fe, es decir, en la que leemos. También el papa Gregorio en el Símbolo de su confesión dice así: «Creo en el Padre no engendrado, en el Hijo engendrado, y en el Espíritu Santo, que no es engendrado ni no engendrado, sino coeterno, procedente del Padre y del Hijo.»

Pero si acaso por aquellos que solo saben griego, y no conocen latín, se dijera lo contrario, que no les bastan los doctores romanos de elocuencia; a menos que también traigamos a los

Padres del discurso griego, escuchen lo que el bienaventurado Atanasio dice en el libro que escribió contra Arrio: «Yo, dice, creo en el Hijo en el Padre, y en el Padre en el Hijo, y también en el Espíritu Paráclito, que procede del Padre, y que es del Hijo y del Padre; porque también procede del Hijo, como está escrito en el Evangelio que por su insuflación dio el Espíritu Santo a los discípulos (Juan XX).» También el bienaventurado Cirilo sobre esta misma procesión del Espíritu contra Nestorio dice así: «Aunque en su sustancia el Espíritu es suyo, y se entiende en la persona la propiedad, según lo que es Espíritu, y no Hijo, sin embargo, no es ajeno a él. Pues el Espíritu fue llamado de la Verdad, y la Verdad es Cristo. Por lo tanto, también de este procede de manera similar, como también de Dios.»

CAPÍTULO VI. Remueve otra duda.

Pero aún quizás se pregunte, ya que el Espíritu procede del Padre y del Hijo, ¿por qué el mismo Hijo dijo que procede del Padre? ¿Qué razón hubo para que no dijera: procede del Padre y de mí, sino que más bien dijera: el Espíritu que procede del Padre? ¿Por qué creemos que hizo esto, sino porque suele referir lo que también es suyo, a aquel de quien él mismo es? Pues el Hijo es del Padre, y de quien tiene que él mismo sea Dios, de aquel igualmente tiene que el Espíritu Santo proceda también de él. Por eso es que en otro lugar dice: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (Juan VII).» Si aquí se reconoce claramente que su doctrina es suya, aunque dijo que no era suya, sino del Padre; cuánto más allí debe entenderse que el Espíritu Santo procede también de él, donde dice así, procede del Padre, sin decir de mí no procede. Esto es similar a lo que dice en otro lugar: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió (Juan XII).» ¿Qué significa, pues, lo que dice: «El que cree en mí, no cree en mí?» ¿Cómo en él, cómo no en él? ¿Cómo se entenderán palabras tan contrarias y tan contradictorias? «El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió:» a menos que se entienda así, el que cree en mí, no cree en lo que ve; para que nuestra esperanza no esté en la criatura, sino en aquel que asumió la criatura; para que se diera a conocer a los mortales como uno con él, y purificara los corazones humanos para contemplarlo a él junto con él. Así, cuando dice: «Mi doctrina no es mía,» genera no poca confusión en las mentes, a menos que el orden de la razón disponga la carne del espíritu. No dijo: Esta doctrina no es mía; sino: Mi doctrina no es mía. Lo que dijo que era suyo, lo mismo dijo que no era suyo. ¿Cómo es esto verdaderamente, sino que lo dijo suyo en un sentido, y no suyo en otro? Según la forma de Dios, suyo; según la forma de siervo, no suyo. Pues cuando dice: no es mía, sino de aquel que me envió, provoca la mirada de nuestra mente hacia el Verbo mismo, que estaba oculto en la carne, para que lo reconozca como uno con el Padre. Pues la doctrina del Padre es el Verbo del Padre, que es el Hijo único. Por lo tanto, lo que se dijo: «Mi doctrina, no es mía;» debe entenderse así, como si dijera: yo no soy de mí mismo, sino de aquel que me envió.

CAPÍTULO VII. Cómo se dice que el Espíritu Santo procede propiamente del Padre, en el símbolo de Nicea.

Por lo tanto, cuando su doctrina, que junto con el Padre dice que no es suya, sino que es del Padre; ¿qué maravilla si dice que el Espíritu Santo procede del Padre, de quien el mismo Hijo tenía, para que también procediera de él? Por eso, cuando en el símbolo del concilio de Nicea, que mencionamos anteriormente, el Espíritu Santo no se dice simplemente que procede del Padre, sino que se añade propiamente: Y en el Espíritu, dice, santo, que procede del Padre propiamente: esta propiedad no se da al Padre para que el Espíritu Santo proceda solo de él; sino porque del Padre se dio al Hijo para que también procediera de él. Por eso también Agustín en el libro sobre la santa Trinidad: «No en vano, dice, en esta Trinidad no se dice Verbo de Dios, sino el Hijo; ni don de Dios, sino el Espíritu Santo; ni de quien es

engendrado el Verbo, y de quien procede principalmente el Espíritu Santo, sino Dios Padre.» Y añade: «Por eso añadí principalmente porque también se encuentra que el Espíritu Santo procede del Hijo: pero esto también se lo dio el Padre, no ya existiendo, y aún no teniendo, sino que todo lo que dio al Verbo unigénito, lo dio engendrando.» Por lo tanto, no se turbe la fe, cuando escucha que el Espíritu Santo procede propiamente o principalmente del Padre; porque de él se da al Hijo para que proceda de él, de quien él mismo procede por una generación inefable e incomprensible; como él mismo, que es la sabiduría del Padre, dice por Salomón: «Yo salí de la boca del Altísimo (Ecli. XXIV).» Y en el Evangelio: «Porque yo de Dios he salido, y he venido (Juan VIII).» Además, se debe evitar sumamente que, mientras afirmamos que del Padre el Hijo tiene que el Paráclito proceda de él, creamos también que el Espíritu Santo procede del Padre para nuestra santificación. ¡Lejos esté que esto se crea! para que no parezca que se dispone una diversidad de grados en la simple e incomprensible divinidad, cuando la Escritura dice: «No subas por grados a mi altar (Éxodo XX).»

Pero sin ninguna duda se debe creer que el Espíritu Santo procede simultáneamente de ambos; aunque esto el Padre se lo dio al Hijo, para que, así como de él, igualmente proceda de él. Pues el Espíritu Santo es una cierta comunión inefable del Padre y del Hijo; y por eso parece obtener este nombre, porque no se duda que esta denominación conviene al Padre y al Hijo. Pues él se dice propiamente lo que ellos se llaman en común; porque tanto el Padre es Espíritu, como el Hijo es Espíritu; el Padre es santo, y el Hijo es santo: y así como a ambos les conviene indiferentemente su nombre, así él procede simultáneamente de ambos.

Podríamos aún reunir algunos ejemplos de las Escrituras, y no sería imposible traer a nuestros argumentos a los ilustres defensores de la fe católica con sus argumentaciones; pero, como la ley nos prohíbe plantar arbustos junto al altar del bosque (Jueces VI), no queremos cubrir los frutos del Espíritu con las hojas de un discurso prolijo. Por lo tanto, tu santidad, venerable padre, aunque plenamente y abundantemente alimentada con el alimento del celestial discurso, sin embargo, aún más y más hambrienta de verdad, no desdeñe por ahora este humilde desayuno de un pobre hombre, para luego degustar de las manos de nuestro Señor papa, como por medio del profeta Habacuc, o más bien por el ángel, las delicias de los banquetes reales (Dan. XIV).

Bendito sea el nombre del Señor.